

## SOMOS HISTORIAS, SOMOS SOLFERINO

Al noroccidente de Manizales, a veinte minutos de la popular avenida Santander que parte en dos la ciudad, y a cuarenta años de las altísimas sombras rectangulares que hoy por hoy la atiborran de manera cada vez más progresiva, empezaron a surgir, sobre condiciones de miseria y marginalidad, escenarios de encuentro y construcción colectiva, no solo de un barrio, sino, además, de las historias con las que se edificaría la vida juntos en este lugar, de las memorias que le darían un valor auténtico, y de una identidad que, hasta la fecha, seguimos construyendo.

Contar la historia del barrio Solferino es contar la historia del día en que la solidaridad se paseó por la mirada de un batallón de desposeídos. Es el relato de una comunidad que supo verse en el otro, que aprendió a recoger sus necesidades en las carencias del vecino, que se atrevió a socializar sus dolores, pérdidas y faltas, que, como diría Galeano, tuvo la valentía de arriesgarse a estar juntos. Eso sí, no por un impulso inmanente o una disposición natural, o, mucho menos, porque tuviesen todas las garantías para convivir en bienestar y un gobierno que se preocupase por ellos. Al contrario, producto del abandono estatal y la falta de oportunidades, la comunidad, sabia y admirablemente, decidió unirse, colectivizar sus sueños y luchas y materializarlos como un proyecto común, que prescindiera de la competencia y procurara a todos las paredes y techos que habrían de resguardar a los suyos y ser cimiento de las generaciones posteriores.

Concretamente y según nos cuentan nuestros viejos, la historia del Solferino, escrita por ellos en principio, es una historia de barro, potreros y quebradas, de una montaña que pareciendo indómita empezó a llevar sobre sí, como un jinete tímido y primerizo, un montón de casitas pesebreras, de hombres y mujeres que se las arreglaron para hacerse a su terruño, edificar el hogar de su vecino y recibir ayuda de todos al momento de erigir su techo.

El Solferino es la historia de la marcha del ladrillo, de la iglesia levantada por la sobreabundante generosidad proveniente de personas verdaderamente carentes de condiciones dignas para su vida, es el cuento de algunos grupos insurgentes que hicieron incidencia y colaboraron en el proceso de invasión y construcción del barrio, es la narrativa de un sacerdote bastante terco en su intención de vivir que construyó más iglesias y colegios que cualquier alcalde. Es la crónica de quienes han perdido seres amados, pero que, ante la muerte, la tristeza y el olvido, su única réplica ha sido el amor, la vida y la memoria. El Solferino, mi barrio, es el relato de la perseverancia bondadosa, la resistencia decidida, y la esperanza abnegada de mejores días venideros, es la alegría del porvenir

que traen los niños en la sonrisa, es la identidad que dio a cada uno de sus habitantes a través de sus calles y esquinas, de sus canchas y parques.

El Solferino es la rutina inquebrantable del sol que todos los días llega a caminar el barrio entrando por las pineras que hay al oriente y despidiéndose con rumbo al poniente, hacia las sombras de la urbe; es la conversa que trenzan nuestros mayores al calor de un tinto y el fragor de la cotidianidad del territorio, de lo que vociferan los “loquitos”, de lo que grita una vecina desde su ventana, de las tres canciones distintas que suenan simultáneo por cuadra. Mi barrio es la media docena de carisucios rodillaspeladas, a los que pertencí en su momento, que se adueñan de las calles jugando ‘dieciocho’, ‘tin tin corre corre’, ‘lleva’, o simplemente, usando un balón.

Aun así, para buena parte de la ciudad, el Solferino es la historia de las “ollas”, de las balaceras, de los jóvenes peligrosos, y de los que por algo los mataron, la historia del vicio y de la violencia, la historia del “yo por allá no voy” o la de “lo llevo hasta la iglesia” de los taxistas. Todos conocen el Solferino de las fronteras invisibles, de las madres que lloran sus hijos, de los niños que desean ser de palo, de los trasteos pobres, de los ladrones marihuaneros, de los ancianos en harapos y las mujeres desprotegidas. Todos hemos escuchado de Solferino que es dolor de cabeza para la fuerza pública, el mismo Solferino terrorífico que tan bien sabe pintar en sus páginas de sangre el Q’hubo desde la superficialidad, el desconocimiento, y la insensibilidad, características esenciales de los medios amarillistas.

Steven Arango (Integrante Fundación Comunitaria Huellas de Vida)

Solferino como espacio de primaveras silenciadas, germina con el paso del tiempo, presencias poéticas para aquellas generaciones que fueron testigo de siniestras teatralidades que marcaron la construcción de esos herederos del conocimiento, casi como hijos del nadaísmo contemporáneo, transitan por espacios invisibilizados, marcados por el estigma del credo thanico. Encontramos en sus presencias, pero sobre todo en sus existencias, relatos que enmarcan y potencian el valor de cada construcción temporal que hoy nos ayuda a transitar hasta acá. Como una de tantas que se siembran en espacios cronológicos, reconocemos en la narrativa de Jhon Fredy Arenas una experiencia que valida el valor metafísico del conocimiento en estado puro...

Jhon Fredy Arenas, más conocido como “Chery” que en realidad es sheriff, lo cual hace referencia a la autoridad policial en varios países anglosajones, este seudónimo según he oído, se lo asignaron por la manera particular en que se para, como si fuera un alguacil.

A chery como sus allegados han preferido llamarlo, lo conocí hace más de un año en la Fundación Huellas de Vida, lugar donde tuve la grandiosa oportunidad de realizar mi práctica profesional,

desde ese momento he tratado de descifrar su vida y los hechos arbitrarios por los que ha tenido que pasar.

Chery no es como nosotros ¡es aún mejor! posee habilidades excepcionales que muchos de nosotros no tenemos, asume responsabilidades donde muchos somos indiferentes, tiene un sentido de pertenencia y amor por el otro, como ninguno y la mayoría de las veces tiene que enfrentarse al doble de desafíos que nosotros, por lo que ha desarrollado una mayor resiliencia y más destrezas para buscar soluciones, allá donde nosotros, solo vemos problemas sin salida.

Un día, acercándose ya el cierre de mi proceso como practicante en la fundación, le manifiesto que dentro de poco me debo marchar y que regreso por un tiempo a mi pueblo, a lo que él responde que me va a hacer una despedida y así me tiene por varios días, hasta que...!oh, sorpresa! Una noche llega con una bolsa negra grande y me mira maliciosamente, me dice: “Camila acá le traje el regalo de despedida, fui al centro por él.”

Le recibo la bolsa y empiezo a tocarla antes de abrirla para adivinar qué es, lo que contiene es extraño y no logro prever, la abro y me encuentro con una enorme caja de arroz chino de esas que la bolsa se asoma por los lados. Inmediatamente lo abracé, estaba muy agradecida, el regalo había sido inesperado y muy original jajaja yo le digo que eso es mucho para mí, que lo compartamos con los compañeros y él accede, de hecho, la bolsa también traía platos. Pero eso no es todo, aún hay más, falta otra cosa dice él. Mientras se ríe me pide que cierre los ojos, cuando los abro, lo veo con una cajita pequeña en sus manos, la abre y allí dentro hay una cadenita y mirándome a los ojos me dice: “Para que no se olvide de mí”

Estoy tan conmovida que lo único que puedo hacer es abrazarlo y darle mi infinita gratitud. Me dice que me la ponga, cuando la cojo lo que pasa es aún mejor, la cadena dice Gina, pues él no es consciente de lo que allí nombra, prontamente todos nos reímos de la ternura de todos los actos que tuvo conmigo esa noche, inexplicables y fuera de lo común.

Ese día sentí mucha nostalgia, pensaba en el dinero que había gastado en los presentes para hacerme feliz, que fácilmente le habría servido para cubrir por unos días sus gastos, pues su situación es algo complicada y requiere de mucho esfuerzo, por lo que quedé demasiado contenta pero angustiada al mismo tiempo. Ante este acto alguien llega y me dice: “Camila, acá no damos de lo que nos sobra, acá damos lo que tenemos” y finalmente con chery entendí que, la generosidad y humildad, vienen de los lugares impensados y de las personas que no imaginábamos.

Este es acaso el atisbo de la magnificencia ética y moral de los silencios, Solferino como historia de desconocimiento, o Solferino como construcción de resistencias y re existencias urbanas.

María Camila Ríos González

(Trabajadora social)

En fin, todo cuanto podemos decir acerca de mi barrio, son acaso, estas dos conclusiones:

Primero, más que un conjunto de casas por completo carentes de homogeneidad entre ellas, el Solferino es un conjunto de historias. Son las narrativas las que han construido, a fuerza de no tener nada más, los hogares, las canchas y la iglesia; cada bloque de cada casa atestigua un relato, unos recuerdos, unas palabras. Es la memoria, el material del que se componen las calles, los postes y los balcones.

En segundo lugar, el Solferino es un barrio de historias desconocidas. Como dije, mucho se sabe, o por lo menos mucho se habla del Solferino no futuro, pero pocos conocen nuestras calles de colores, los muros que cuentan nuestras vidas y nuestra visión del barrio y la ciudad. Más pocos todavía se han percatado del ambiente acogedor y familiar, de las vidas conmovedoras e inspiradoras de nuestros vecinos y familia. Tampoco es muy conocido que cada siete y ocho de diciembre llenamos la calle principal de faroles, porque el Solferino no solo es de colores, también es de luces. La mayoría de manizaleños ignoran las palabras de Dostoyevski cuando nos decía que, en la pobreza, que no es un vicio, uno conserva la nobleza de sus sentimientos; por eso olvidan que acá viven los obreros hacedores de la ciudad que con tanto orgullo caminan. No saben que en nuestros parques la felicidad y la amabilidad juegan a crear un barrio distinto, un porvenir más noble y afable; no saben que somos un color del atardecer, que nuestro nombre habla de una batalla, pero no la de las calles o la que tuvo lugar en tierras Austriacas, sino la batalla de construir, estando juntos, un territorio más bello, más sano, más respetuoso de la vida y amante de la diferencia. La batalla de sembrar en nuestros niños el país que siempre se nos fue negado.

Escrito por: Steven Arango

(Integrante Fundación Comunitaria Huellas de Vida)